

ciencia ficción y fantasía

nueva
dimensión



2001
SITGES
EL ENIGMA
DE OTRO MUNDO

nueva
dimensión **6**

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

**REVISTA BIMESTRAL DE CIENCIA FICCIÓN Y
FANTASÍA
MIEMBRO DE THE NATIONAL FANTASY FAN FE-
DERATION**

A cargo de:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

AÑO 1968/6

Director:

J. M. Armengou

Colaboradores:

Dr. Alfonso Álvarez Villar

Antonio Bellomi

Adolfo Buylla

Ramón Cordón

Alfonso Figueras

Luis Gasca

José Luis Garci

PGarcía

Carlos Giménez

Francisco Lezcano

José Luis Montalbán

Octavi Piulats

Mercedes Valcárcel

Director de publicidad:

Jordi Prat

Director de relaciones públicas:

Andreu Romá Parra

Director artístico:

Enrique Torres

Corresponsales:

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J Ackerman

Francia: Jacques Ferron
Inglaterra: Jean G. Muggoch
Italia: Riccardo Leveghi
Méjico: Luis Vázquez
Rumanía: Ion Hobana
Uruguay: Marcial Souto Tizón

Delegado en Madrid:

Carlos Buiza

Noviembre-Diciembre 1968. Número 6

nueva dimensión HOY

EDITORIAL

Cine y ciencia ficción

DESDE SITGES

Primera Semana de Cine Fantástico

por S. Martínez, D. Santos, L. Vigil, J. L. Garci, J. L. Montalbán

DESDE RUMANIA

Una ojeada a la ciencia ficción rumana

por Ion Hobana

SE PIENSA

Acerca de 2001

1. Amanecer del hombre, por R. Cordón
2. La vida cotidiana en 2001, por Luis Vigil
3. Mi amigo Hal, por Fernando España

Divagaciones sobre el estreno de «El enigma de otro mundo»

por Alfonso Figueras

SE DICE

Libros, revistas, cine, teatro, radio, TV, comic, autores, fandom, premios, arte, moda

SE ESCRIBE

Cartas con polémica, carta de América, cartas sobre comic

nueva dimensión **MAÑANA**

NOVELA

[El enigma de otro mundo](#)

por John W. Campbell jr.

CUENTOS

[La edad de la benevolencia](#)

por Arthur Sellings

[Las paredes](#)

por Keith Laumer

[Flores en sus ojos](#)

por Kurt Luif

[Un capítulo de historia literaria](#)

por Ov. S. Crohmalniceanu

[El sol naranja](#)

por Camil Baciú

[El despertar del profesor Bern](#)

por Vladimir Savchenko

CUENTOS CORTOS

[La gema](#)

por H. H. Browning

[Sobre el tiempo y Texas](#)

por William F. Nolan

CLÁSICO

[Un rumano en la Luna](#)

por Henric Stahl

FANZINE

¡Maldito matasellado!

por Paul Wyszkowski

CUENTO DE CHOQUE

Sueños de cristal

por Marcial Souto

ILUSTRACIONES DE

José M.^a Beá

Ramón Escolano

Carlos Giménez

Jaime Rosal

Enric Sió

Enrique Torres

HUMOR DE

Escolano

Revista «True»



EDITORIAL

CINE Y CIENCIA FICCIÓN

La gente salía lentamente de la sala. Acabábamos de asistir al estreno de «2001, una odisea del espacio». Los comentarios se entrecruzaban a mi alrededor. Un señor gordo y calvo decía que no había entendido nada de la película. Otro preguntaba cuál era el significado de aquella especie de embrión flotando hacia nuestro planeta al final de la cinta. Una señora no veía claro «qué demonios pintaba aquella habitación estilo rococó» (sic.) en medio de todo lo demás. Alguien dijo a mi lado, con claro aire de sufi-

ciencia: «Bueno, es que con eso de la ciencia ficción...».

Más tarde, haciendo un somero análisis de los hechos, no he podido menos que preguntarme si todos aquellos comentarios no serían más que el resultado de una completa imprevención. ¿Acaso ha existido nunca realmente, antes de ahora, un verdadero cine de ciencia ficción? Recuerdo haber leído al respecto en varios sitios la afirmación de que la ciencia ficción nació precisamente en el cine, y que sólo después pasó, de éste, a la literatura. Dejando aparte lo erróneo de esta absurda inversión de conceptos, cosa fácilmente demostrable, uno debe admitir de todos modos que la ciencia ficción sí nació con el cine... y resultaría tonto citar aquí, para demostrarlo, a Méliès. Sin embargo, de entonces a hoy, haciendo un poco de balance, ¿qué es lo que podemos entresacar de casi setenta años de cine de ciencia ficción?

Realmente, hay que admitir que hasta el presente la cinematografía le ha hecho un triste servicio a la ciencia ficción. Medio lustro largo de cine sólo ha sabido darnos un buen surtido de monstruos más o menos repugnantes, un poco de terror más o menos cósmico... y nada más. Existen afortunadamente, por supuesto, algunas excepciones; pero salvo éstas —y son contadas— los cineastas que han abordado la ciencia ficción lo han hecho con el equivocado preconcepto de que, para que la película sea de ciencia ficción (y sea rentable) es preciso que contenga algunos monstruos aceptablemente repulsivos, para placer y delectación del morbo de los espectadores (¡oh, aquella señora que estaba tan enojada el día del estreno con el señor Kubrick porque en todo «2001» no aparecía ni un solo marciano!). Los buenos tiempos iniciales de «Metrópolis», de «La mujer en la Luna», de «La vida futura», desaparecieron rá-

pidamente. Parece como si la llegada de los «pulp» en USA se hubiera dejado sentir también en el cine. Surgió rápidamente el argumento tipo: monstruo convencional atacando a señorita convencional con intenciones también convencionales, y su variante de monstruo convencionalmente repulsivo, horroroso e indestructible, aterrorizando a toda la humanidad... también en forma convencional, por supuesto. La única variante que existía de una a otra película solía ser el monstruo en sí, más o menos repulsivo según las circunstancias. Los sugestivos títulos de todas estas películas —en los que proliferaba la palabra «ser», «cosa», «bestia», «monstruo», y un buen número de sinónimos— nos indicaban ya de antemano qué íbamos a encontrar, y constituyen una interesante filmografía.

Afortunadamente, esta etapa se ha ido poco a poco superando, o al menos delimitándose: este tipo de cine continúa aún haciéndose, y con éxito, pero en una forma ya especializada, dejando campo libre a todo lo demás. Sin embargo, el daño ya está hecho: se ha creado un antecedente, y para mucha gente un film de ciencia ficción sin monstruos ya no es un film de ciencia ficción. ¡Y es tan difícil hacer un buen film de ciencia ficción con monstruos! Unos pocos títulos: «Ultimátum a la Tierra», «La guerra de los mundos», «El enigma de otro mundo», «Planeta prohibido»... y poco más.

Así ha vegetado durante mucho tiempo el cine de ciencia ficción. Ni siquiera el recurso, empleado siempre por el cine como última solución, con mayor o menor éxito, de ir a buscar las obras literarias de mayor impacto de público para trasladarlas a la pantalla, ha dado resultado. Ni Wyndham («El día de los trífidos», «Los cucús de Midwitch» —en el cine «La aldea de los condenados»—), ni Lovecraft («El color

que cayó del cielo», llevada al cine con el desafortunado título de «La casa del fin del mundo»), ni Matheson («Soy leyenda», titulada en la pantalla «El último hombre de la Tierra»), ni muchos otros autores y obras de impacto, se salvaron de una realización mediocre, completamente por debajo del original literario.

Sin embargo, últimamente, se ha producido de pronto una especie de reacción. Repentinamente, los directores de cine han descubierto que se puede hacer ciencia ficción sin necesidad de monstruos, criaturas antediluvianas ni maquetas de cartón piedra. Y este movimiento se ha iniciado precisamente en Europa. Ha sido Goddard, con su enrevesada, caótica e intelectual «Alphaville»; ha sido Truffaut, con «Fahrenheit»; ha sido Petri, con «La décima víctima». Los grandes directores han descubierto la ciencia ficción, hasta entonces relegada a la categoría B, y la han elevado a un plano de inteligencia.

Luego, el movimiento salta a USA. Es el mainstream: la ciencia ficción sin ciencia ficción, como dice nuestro colaborador Rémi-Maure. Surgen algunas películas en todo el mundo, y la gente se resiste a llamarles ciencia ficción. Surgen «Siete días de mayo», «Dr. Strangelove», «Un amour de poche», «Je t'aime, je t'aime», «La brulère de mille soleils»... Renace poco a poco la idea de que puede existir una ciencia ficción cinematográfica digna, libre de todas sus taras. El género se intelectualiza...

Y nos llega ahora, tras una gran campaña de lanzamiento, «2001». Es un regreso a la ciencia ficción clásica, dirigido a todo el público, y con un enfoque completamente distinto al que se había usado hasta ahora en el género. Y es esa película precisamente, más que ninguna otra de las citadas, la que nos da la medida del profundo cambio experimentado, de la

profunda evolución que ha sufrido todo el cine de ciencia ficción. Porque «2001» es una obra predominantemente tecnológica, pero también humanística. «Después de esto —me dijo tras haberla visto un aficionado—, todo el cine de ciencia ficción tendrá que cambiar». Quizá sea un poco taxativo afirmar esto, pero también creo que será así.

Porque el futuro del cine de ciencia ficción se presenta ahora, por primera vez en su historia, interesante. Nos hallamos en una etapa de experimentación. Se está gestando un profundo cambio. ¿Hacia dónde desembocará este proceso? ¿Tal vez siguiendo los caminos de «2001»? ¿O tal vez fundiéndose con esta nueva corriente del cine de ciencia ficción europeo, experimental e intelectualizado, que parece haber adoptado también USA? ¿Estará en ese «Hombre ilustrado», en «El verano de Picasso», en «Más que humano»? ¿o quizá en estas «Crónicas marcianas» que Bradbury lleva preparando tanto tiempo para Truffaut, y de las que nunca se ha vuelto a oír hablar?

¿O tal vez volverá a su cuna, a Europa? ¿Quizá incluso aquí, en España? ¿No estará este futuro en «La máquina de matar» o en «Los viajeros de las gafas azules», en esas dos cintas malditas que Juan Atienza, nuestro buen amigo Juan Atienza, está intentando llevar a buen término, a despecho de los productores?

El futuro, nuestro siempre tan querido futuro, es el único que tendrá a este respecto la palabra.



LA EDAD DE LA BENE- VOLENCIA

ARTHUR SELLINGS

Este relato estaba programado inicialmente para ser incluido en nuestro último número, pero necesidades de montaje surgidas a última hora nos obligaron a aplazar su publicación hasta este número. Ahora, la noticia de la repentina muerte de su autor, nuestro gran amigo y colaborador Arthur Sellings, da un nuevo tono a esta publicación. He aquí, pues, con nuestro homenaje a su memoria, una parábola rebosante de humanidad y esperanza, que define por sí misma, más que todas nuestras palabras, la honda personalidad de su autor.

ilustrado por ENRIC SIÓ

En una edad antigua, más ruda, habrían mirado en otra dirección al verle pasar, pero ahora rehusaban darse cuenta de su diferencia. Le admitían en su compañía, le invitaban a participar en sus diversiones. Era él el que se apartaba.

En una edad más antigua hubieran tenido miedo de él. En los rincones apartados se hubiera murmurado contra él. No habría habido crimen en el vecindario, por pequeño que fuese, que no le hubiera sido atribuido. Pero ahora ya casi no había crímenes, ni rincones apartados. Los únicos murmullos eran los que oía en su propia mente, y esos nunca cesaban.

Habría sido mofado con apodosos por una gente más inculta. Le habrían llamado «giboso» porque era jorobado. Le habrían llamado «enano» porque era pequeño de estatura. Le habrían llamado «sonrisas» porque su cara estaba con-

torsionada en una expresión perpetua que, sólo por pura coincidencia, se parecía a una sonrisa.

Y, sin embargo, si hubiera estado en peligro, o si alguien hubiera alzado una mano contra su deformidad, alguno de los que le llamasen con apodosos habrían saltado en su defensa. Pero en la edad en la que había nacido nadie habría pensado en mofarse de él, nadie en alzar una mano en su contra, nadie tendría la oportunidad de defenderlo.

Si hubiera nacido trescientos años antes, en el siglo XX, habría encontrado un cierto balance. Habría hallado a otros como él. Habría establecido una tímida y silenciosa comunión con ellos, y con todas las cosas dignas de compasión, contrahechas, rotas, defectuosas. Y tal vez hubiera aprendido a mantener encendida en su corazón una chispa de belleza, sabiendo que la mayoría de la gente que le rodeaba tenía las almas tan retorcidas como él el cuerpo.

Pero en esta edad no había otros como él. Todos los demás eran perfectos, tanto en el alma como en el cuerpo. La creación de un humano era ahora al mismo tiempo un arte y una ciencia. Por varias generaciones no había habido otro accidente similar a él.

Un pueblo más antiguo lo hubiera contemplado al nacer y, con una piedad brutal, lo hubiera matado.

Pero ésta era la edad de la luz... la edad de la benevolencia.

—¿Dónde va a ir? —preguntó, mirando hacia arriba, de soslayo, a la forma larga y brillante.

Ellos sonrieron gentilmente, dejando a un lado sus herramientas. Habían oído hablar de Bruno, sabían que vagabundeaba de un lado para otro, como habían hecho las gentes en las Edades Tenebrosas. No obstante miraron al nombre grabado en el pecho de su túnica antes de responder. Haber usado su nombre sin hacer esto habría sido gro-